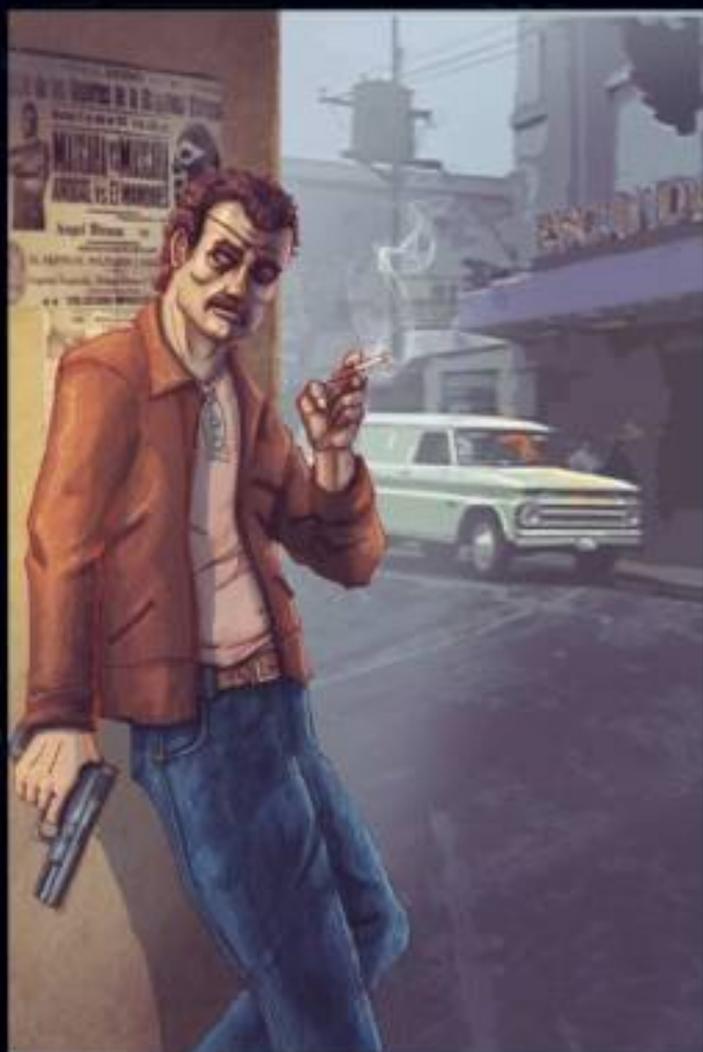


PACO IGNACIO TAIBO II

Desvanecidos difuntos



Una historia de Belascoarán Shayne

El dirigente magisterial Medardo Rivera es detenido por asesinar a un tal Lupe Bárcenas. La acusación dice que un 6 de diciembre, en un pueblo perdido del suroeste de México, con una .38 que sacó de abajo del chaleco y al pie de una rueda de la fortuna, le despachó un par de balazos.

Pero ese 6 de diciembre Rivera estaba a ochenta kilómetros del lugar de los hechos; ese día no había ninguna rueda de la fortuna en San Andrés; él jamás ha tenido un chaleco y, para acabarla, el muerto sin duda no está muerto, porque acaba de ser visto emborrachándose con policías y caciques. Y claro, Héctor Belascoarán Shayne, desconcertado detective independiente, es contratado para encontrar al supuesto difunto.

Nota

A petición de un grupo de lectores recién llegados, ésta es la cronología oficial de las novelas protagonizadas por Héctor Belascoarán Shayne. Los lectores/as pueden mostrar su heterodoxia dándole el orden de lectura, o decidiendo no leerlas, en la secuencia que les salga de los tompiates o los ovarios en su defecto; el autor reconoce en esto su absoluto e inalienable derecho:

- 1). Días de combate.
- 2). Cosa fácil.
- 3). Algunas nubes.
- 4). No habrá final feliz.
- 5). Regreso a la misma ciudad y bajo la lluvia.
- 6). Amorosos fantasmas.
- 7). Sueños de frontera.
- 8). Desvanecidos difuntos.

Respecto a esta última, no sobra decir que aunque está inspirada en la reciente rebelión de los maestros oaxaqueños y chiapanecos, se encuentra ubicada en una inexistente región del sur-suroeste de México.

México, DF, invierno del 89.

Gijón-Madrid-Vistalmar-DF-Hermosillo-Culiacan-DF, verano del 90.

Esta novela es para Lilia Pérez Franco,
que me regaló un pedazo
de la historia que aquí se cuenta.

No hay tal cosa como normalidad,
tan sólo hay apariencia de normalidad.

DAVID LINDSAY

El mejor de ellos tenía
el poder de resucitar a los muertos.

JEROME CHARYN

I

Los maestros vinieron del sur...

PACO PÉREZ-ARCE

Primero llegó el rumor de los gritos; luego, desde el fondo de la avenida extrañamente despejada de camiones y automóviles, inusualmente solitaria, aparecieron las enormes mantas a lo lejos, rojas y blancas, llenas de dibujos, que oscilaban como un mar en fiesta.

—Hay que ser muy pinche culero y mexicano de octava clase para que no te dé orgullo ver desfilar a esta raza —le dijo sentenciando Carlos Belascoarán, su hermano menor.

Héctor, que se sabía mexicano cuando mucho de tercera, no entendió bien el sentido de la frase. Le gustaban los maestros que venían del sur, sus rostros aniñados, su apariencia de campesinos sin tierra, sus bolsas de plástico con mangos rebanados, que parecían ser el único sustento existente y posible; su tenacidad, sus infantiles alegrías, su endiablada terquedad. Habían traído loco al gobierno durante los últimos dos meses con marchas, caravanas al DF, plantones, asaltos al local del sindicato amarillo, cortes de carretera, sentadas en el Zócalo. Le gustaban sus cantos originados en el remoto arsenal prehistórico de la izquierda nacional: el yo quiero que a mí me entierren de Óscar Chávez, el venceremos chileno, el no nos moverán de Joan Báez, mezclados con los cantos infantiles: naranja dulce, la bamba, la víbora de la mar, cambiando las palabras para exigir aumentos de salario y democracia sindical. Le gustaba la maestra del vestido floreado de tres piezas, que escupía en el asfalto para hacerse saliva, y el maestro con rostro de sacerdote maya, de no más de 18 años, que avanzaba con los dos puños en alto, casi inmóvil en sus movimientos,

casi consciente de haberse vuelto parte de una fotografía, y la joven profesora de trenza y mandilón de cuadritos, con la timidez virginal pero el grito rasposo, y el profe de matemáticas de pelo negro erizado por la mezcla del sudor y la tierra suelta de la carretera. Le gustaban las mantas, pedagógicas, explicativas, llenas de dibujitos como los que se hacían en el pizarrón para ilustrar clases de historia, describir el sistema muscular, desarrollar las cuencas hidrológicas en Sudamérica, mostrar los cortes transversales de la corteza terrestre, explicar las miserias mexicanas. Le gustaban, pero no lo llenaban de orgullo, más bien lo inundaban de una vaga y difusa sensación de culpa. Eran como él, pero él no era como ellos.

—Mira, ahí está la licenciada Calderón —dijo Carlos señalando a alguien perdido bajo la enorme manta que encabezaba la segunda sección de la columna que avanzaba por Reforma, para invadir por segunda vez en aquella semana la plaza mayor, el centro ritual del DF, el Zócalo de todos y de nadie.

Héctor rastreó con la mirada y sólo vio una fila de maestros casi adolescentes y la mayoría chaparros, pero ninguna licenciada. Carlos hizo unos gestos y una jovencita de pelo muy negro, amarrado con una cinta guerrerense bordada, vestida con el uniforme de mezclilla de los activistas políticos de los 60 (época en la que debería haber tenido entre tres y cinco años), se desprendió de la columna y se acercó a la banqueta, donde los dos hermanos contemplaban el paso de la marcha tomándose una Coca Cola en un puesto ambulante de hotdogs.

—Quiúbole Carlos.

—¿Cómo estás, lic? Te presento a mi hermano Héctor.

Muy ceremoniosos, licenciada y detective se dieron la mano. Era más baja que Héctor, miraba con fijeza; el rostro de un color moreno muy suave, homogéneo. Traía el brazo izquierdo roto y enyesado, en cabestrillo.

—¿Éste es el hombre que nos va a encontrar al muerto?
—le preguntó a Carlos la licenciada Calderón sonriendo.
Tenía los ojos muy verdes.

La raza, como si hubiera escuchado estas palabras y actuara a nombre de un conjuro social que funcionaba mejor que los pases mágicos de Merlín, comenzó a gritar: ¡Medardo Rivera, te queremos aquí afuera! ¡Medardo Rivera, te queremos aquí afuera! Héctor, que no creía en las coincidencias después de 38 años de mexicano en activo, pensó que los maestros del sur estaban mejor organizados de lo que cualquiera pudiera imaginarse.

Metió en una bolsa de mano dos camisas, dos novelas policiacas de Roger Simón y los Condenados de la tierra de Frantz Fanón (quién sabe por qué actuaba con el convencimiento de que sería el libro ad hoc para este nuevo viaje), seis pares de calcetines y un cuchillo cebollero que trajo de la cocina. Cuando tenía tres años había pasado un montón de horas arrullado por las historias de una sirvienta sureña, del mismo estado de los maestros insurrectos, y en la memoria le había quedado la poderosa certeza del recuerdo de que por allá se usaban los duelos a muerte con cuchillo cebollero. Por si las dudas guardó también una escuadra .45 y dos clips. Tras observarla de nuevo, se echó al bolsillo la foto del supuestamente difunto Guadalupe Bárcenas. Pegó sobre el espejo un pequeño recado destinado a la inexistente muchacha de la cola de caballo, que de vez en cuando se metía en su vida: «Me fui, al rato vuelvo», y sin despedirse de la ciudad de sus angustias, tomó un taxi hasta la TAPO y ahí el primer camión hacia el suroeste de una línea de autobuses que llevaba el premonitorio nombre de Cristóbal Colón. La ciudad, interminable en la despedida, se fue haciendo distante.

Durmió las primeras seis horas del trayecto. Leyó una las novelas durante las siguientes tres. Anochecía al llegar a Oaxaca. Alquiló una camioneta Ford que tenía vejez prematura y siguió largo viaje a las montañas. Llegó a San Andrés a las tres de la madrugada. Estacionó el vehículo enfrente del palacio municipal y bajo una farola, se acomodó en el asiento trasero y se durmió. Soñó con duelos de cuchillos cebolleros, librados contra japoneses practicantes de kung-fu, que mañosamente portaban sombreros de charro para desconcertarlo. Fue un sueño placentero, divertido incluso. Un sueño que se sabía sueño. La realidad era siempre más hosca.

El pueblo amaneció entre la niebla que bajaba de las colinas filtrándose por las rendijas de la camioneta y humedeciéndole la camisa, y el detective decidió que mientras no hallara al difunto se iba a dejar crecer la barba. La conexión entre ambas premisas no estaba muy clara, pero a estas alturas biográficas, al borde de encontrarse frente a los 40 años, no le importaba demasiado una minucia como ésa. Deambuló por la pequeña ciudad buscando las instalaciones de una feria que sabía no andarían por ahí. El pueblo tenía una sola calle asfaltada: la central; el resto, veredas malamente empedradas que subían y bajaban hacia cerros y cañadas. Tierra suelta por todos lados. Comió tacos de albóndiga que una mujer vendía en una esquina, ladeada sobre el fogón.

—¿Usted conocía a Medardo Rivera?

—El maestro.

—Sí, el maestro.

—El maestro Rivera no mató a Lupe Bárcenas. Ese jijo de su madre hace una semana se echó un taco como el suyo, joven —dijo la mujer sin que se lo preguntara y luego volvió a sus asuntos removiendo el guiso.

Parecía que el pueblo había tomado partido ante los hechos. Eso esperaba. En la lógica de Belascoarán, eterno

participante de historias ajenas, no había nada más terrible que las sociedades de observadores.

Héctor contempló con apariencia de sabiduría el taco que se estaba comiendo mientras pensaba en una nueva pregunta, pero la mujer se había encerrado en su guiso y tornó muda.

Encendió un cigarrillo y siguió caminando por San Andrés envuelto en un halo benigno.

II

¿Y a qué horas mató el tal Medardo Rivera al tal
Lupe Bárcenas?

Elimina uno a uno todos los otros factores
y el que persiste debe ser el verdadero.

SHERLOCK HOLMES

(según Conan Doyle en EL SIGNO DE LOS CUATRO)

—A ninguna —dijo la licenciada Marisela Calderón Galván, de 26 años, nacida en la Costa Chica del Pacífico Sur y titulada para su desgracia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Guerrero en Chilpancingo, que tenía una de las peores famas académicas al sur del río Bravo, aunque ella había coleccionado un casi doctorado en La Sorbona (inconcluso a falta de tesis) y un diploma de maestría en derecho laboral en la UAM-Azcapotzalco. Pequeña dama sacapresos políticos, defensora de tomatierros y de boxeadores amateurs olímpicos prematuramente sindicalizados.

—A ningunas pinches horas, si ese güey, con perdón, no se murió.

Se arregló el penacho que insistía en escapársele del peinado y continuó:

—No lo mató, porque ese cabrón, con perdón, no está muerto. Sigue vivo... Ahí le va en orden: Medardo se había estado bebiendo unos sotoles en la casa de la Chata, que en las noches es burdel, pero en las mañanas sólo es cantina y panadería en San Andrés, hablando con unos campesinos mixes. Era un sábado por la mañana, tempraneando, y lo de los sotoles no era por pedo, ni para la cruda, sino por el pinche, con perdón, por el pinchísimo frío que hace por allá. Eran como las seis y media y él daba clases a un grupo mixto de cuarto, quinto y sexto de primaria, allá en la federal. Compró tres barras de pan en la tienda de Gerardo, porque les repartía pan a los chavos de su salario, y se fue a la escuela caminando de a saltitos, como siempre. Quería terminar las clases a las once porque tenía una cita a la una

en Vicente Guerrero, como a 15 kilómetros de allí, con unos maestros bilingües que estaban en una bronca de comunidades, ayudando por lo del carbón. En esos momentos le caen tres judiciales del estado y a punta de pistola lo avientan dentro de un jeep. Hijos de su puta madre, todo el pan quedó por el suelo. Llega a la capital con una herida en la ceja de cinco centímetros, dizque porque se resistió al arresto, y las costillas llenas de moretones. Lo acusan de haber matado a un tal Lupe Bárcenas, vecino de San Andrés. Pero ahí viene la bronca. Yo no dudo ni tantito que si Medardo se calienta de frente y en buena fe se espachurra a un pinche cristiano, pero no es el caso. No, éste sí era cristiano, pero no está muerto. Y entonces le dicen: «Está usted acusado del asesinato de Lupe Bárcenas». Y entonces Medardo les dice: «¿Y cuándo maté a ese señor?». Y le contestan: «Siendo la de autos del tres, se dice, del seis de diciembre, como a las 11 horas de la mañana, se encontró el mencionado Rivera con el ahora difunto Guadalupe Bárcenas Arroyo en la ciudad de San Andrés, en la plaza central, al pie de una rueda de la ninguna, se dice, rueda de la fortuna, y habiendo cruzado palabras injuriosas, le disparó dos balazos con una calibre .38 que ocultaba bajo el chaleco dejándolo muerto ahí mismo en el momento».

»Medardo, que es buenísimo para las fechas, preguntó: «¿El seis de diciembre, verdad?». Y cuando se lo confirmaron les dijo: «El seis de diciembre yo no estaba en San Andrés, estaba en el bautizo de mi ahijado, el hijo del profesor Cabestran, en la sierra, como a 80 kilómetros de ahí, y mire nomás, aquí traigo una foto de polaroid de cuando yo bautizaba a mi ahijado. Mírela, el de la derecha soy yo, el que traigo cargando es mi ahijado, Aniceto Cabestran, y debe haber de menos 250 testigos de lo que estoy diciendo. En segundas, en esos días, en San Andrés no había rueda de la fortuna, porque los de la feria vinieron para las fiestas del pueblo y no se quedaron más que hasta el cuatro de diciembre; de manera que cuál pinche rueda de la

fortuna. En terceras, Guadalupe Bárcenas, ese hijo de la rechingada, no lo maté yo ni lo mató nadie, porque ayer estaba vivo. Y en cuartas, si necesitan ustedes más, yo nunca he tenido un pinche chaleco en toda mi vida, bola de mamones”.

Marisela sonrió, se acomodó los cabellos que tendían a deslizarse sobre el puente de su nariz respingada, se quitó una inexistente mancha de polvo de su roñosa chamarra de mezclilla, sobre la manga suelta que cubría el brazo enyesado, y siguió la historia:

—Todo verificado. Medardo estuvo en el bautizo, no había rueda de la fortuna, no tiene chaleco, y al muerto nadie lo vio muerto, todo lo contrario. Pero imposible sacarlo de la cárcel. El juez es un panzón que está sordo, nomás oye cuando le gritan desde arriba, y puras cárceles de papeles. Aparecieron informes del ministerio público que dizque levantó el cadáver, informes de testigos, fotos de las balas, ¿cuáles balas? Quién sabe, pero unas balas, y como los expedientes se hacen con papeles, otra pericial, y luego a demostrar que las balas esas las usaron para cazar puercos salvajes en Ciudad Netzahualcóyotl; hasta una pinche, con perdón, una pinche foto de la pinche rueda de la fortuna, que aunque les demostráramos que no estaba allí ese día, la foto estaba en el expediente, como si probara un carajo.

»Y luego viene un mamón antropólogo francés y dice: “¿C’est merveilleux, le magique mexicaine?”. ¡Mis ovarios! ¿Dónde está lo maravilloso en que el puto de Kafka sea el papacito del poder judicial? Todo es absurdo. Yo pido que exhumen el cadáver, ellos me enseñan un certificado de cremación del cuerpo y ofrecen como prueba la urna con las cenizas. Yo pido un análisis pericial de las cenizas para saber si son humanas, y ya me entrampé, porque ellos tendrían que demostrar que hubo un muerto y que ese muerto lo mató Medardo y aquí me tienes tratando de demostrar que las cenizas son de borrego después de una barbacoa, o que son los huesos de doña Eulalia Guzmán,